

Al oír el nombre de esta yerba que indica *cita*, y reconocer la voz del que respondía, la joven descorrió el cerrojo, quitó la tranca, dió dos vueltas á la llave, abrió con gran precaucion la puerta, y recibió al artista, volviendo á echar el cerrojo únicamente.

Al entrar Leopoldo, un hombre que le habia venido siguiendo, sin ser visto, y que se detuvo en la esquina mientras esperaba á que le abriesen la puerta del jardin, cruzó la calle, se acercó á la tapia, miró hácia todas partes, y exclamó.

—No le perderé de vista.

Leopoldo, entre tanto, bien ageno de pensar que junto á él estaban ocultos dos hombres que espiaban todos sus movimientos, y que afuera le esperaba otro que habia ido siguiéndole, saludó respetuosamente á Inés, estrechó la mano de su amada, y bendijo en el fondo de su corazon aquel instante de felicidad.

—Alejémonos de la puerta; —advirtió Inés;—no sea que álguien pase y escuche nuestras palabras.

Esta reflexion pareció justa, y se dirijieron hácia el centro del jardin tomando la misma calle que habian llevado.

El doctor y Duval viendo que tenian que pasar por junto á ellos, se pegaron cuanto les fué posible á los árboles, tras los cuales estaban ocultos.

Clotilde condujo á su amante bajo de un moral circundado de un asiento rústico y gracioso.

Inés, fingiendo cojer unas flores, se retiró un poco para dejarles en libertad de expresar sus sentimientos.

—Este es mi árbol favorito:—Dijo la joven á Leopoldo:—cuando mi imaginacion, temiendo perderte, me representa contratiempos y peligros, vengo á llorar en él, porque es el intérprete de mi ferviente anhelo: él encierra este inmutable concepto, dictado por mi amante corazon: *no te sobreviré; te seguiré á la tumba.*

—¡Ah...! Clotilde, ¡cuán dichoso me haces con tus palabras....! Pero cuando no las oigo, cuando estoy lejos de tí, acompa-

ñado de los temores que me inspira ese Duval que se ha propuesto poseerte, robarme mi felicidad, entonces mil ideas me asaltan, mi corazón sufre horriblemente, y el temor de perderte me hiela la sangre.

—¡Perderme....! ¿No tienes confianza en mí....? ¿No sabes que todo el poder del mundo no bastará á hacer cambiar mi corazón?

—Sí, todo lo sé; todo, hermosa mía. Yo sé que tus palabras son la expresión pura de tu alma angelical; pero es tan inmenso mi amor, tan necesaria á mi vida la ventura de llamarte mía, que el mismo deseo me convierte en temeroso y desdichado. Por eso he solicitado de tí esta entrevista.... porque en ella quiero que acaben mis temores y mis desconfianzas; porque en ella quiero alcanzar la garantía para el porvenir, y la seguridad de que no pertenecerás á nadie mas que á mí sobre la tierra.

—¿No te bastan mis repetidos juramentos de amor....? ¿No te repite que seré tu ya á todas horas ese anillo que miro brillar en tu dedo...?

—Sí, Clotilde mía; todo me está diciendo que me amas, que soy el mas venturoso de los hombres; pero ¿te negarias á complacerme, si te suplicase que repitieses en esta noche, aquí mismo, el juramento de ser mía ante la imagen de un Sér que ambos adoramos?

—Dispuesta estoy á satisfacer tu exigencia. ¿Cuál es la imagen ante la cual crees que tendrán mas fuerza mis juramentos....? Dimelo, presentámela, y mis labios repetirán lo que mil veces han dicho, que soy tu ya hasta la muerte.

—Aquí está:—Dijo Leopoldo sacando un pequeño crucifijo de oro que llevaba al cuello;—ante este Sér de amor y de piedad en quien crees, como yo creo; ante este divino Salvador de los hombres que lee en el fondo de tu corazón como lee en el mio y ante el cual es un crimen jurar en vano, prométeme que me amarás como yo lo prometo; júrame que serás mía, como yo juro ser tuyo para siempre.

Clotilde tomó en sus manos con fervoroso anhelo la sagrada imagen, la estrechó

contra su corazón, se puso de rodillas y exclamó:

—Juro ser tu esposa ó de ninguno sobre la tierra; lo juro por la preciosa sangre que vertió el Redentor sobre el sacrosanto madero.

Duval apretó los puños dejando ver en su rostro la ira.

El doctor le agarró del brazo para que se contuviera.

La jóven se levantó con apacible rostro despues de pronunciar su juramento, besó con religioso respeto la sagrada imágen, y se la entregó á su amante.

Leopoldo estrechó lleno de júbilo contra su corazón á la amorosa jóven, diciéndole con apasionado acento:

—Ya eres mi esposa ante el Eterno.

—Sí; y nada puede quebrantar mi juramento. ¿Estás tranquilo?

—¡Oh! . . . . sí; tus palabras han sido el bálsamo que ha calmado los recelos y los tormentos que me inquietaban sin cesar.

—Tuya ó de ninguno.

Volvió á repetir Clotilde con firme acento.

—Hermosa Inés;—dijo Leopoldo viendo acercarse á la protectora de su amada:—si algun dia llegasen á conducir por violencia al pié de los altares á la mujer que amo; si la hiciesen dudar de mi amor para conseguir que me dejase por otro hombre. . . . si llegase á echar en olvido los sagrados juramentos que en este instante acaba de hacerme solemnemente para dejarme sumido en penas y constantes lágrimas. . . . Recuérdela vd., bella Inés, recuérdela vd. los juramentos que acaba de hacerme; dígale vd. que son sagrados; que faltar á ellos seria faltar á la promesa hecha ante el Supremo Juez que nos tomará cuenta de nuestros ofrecimientos. . . .

—Antes me faltará la vida, que valor para cumplir mi sagrada promesa:—exclamó Clotilde:—Delante de Dios he jurado ser tu esposa, y nunca podré ser perjura: él nos ha unido, y nadie en el mundo tendrá poder para separar nuestras voluntades, ni nuestras almas.

—Sí, Leopoldo:—dijo la hermosa Inés estrechando la mano de su protegida:—

Clotilde eumplirá su palabra, y en vano los hombres se opondrán á la felicidad de vdes.: yo seré su consejera, su sostén y su guía, y de nadie será mas que de vd., de vd. á quien ama; de vd. que es un jóven honrado, digno del aprecio general, y que estoy segura de que labrará la felicidad de Clotilde. Si hasta hoy se ha opuesto la calumnia á la realizacion de este deseo, yo que estoy persuadida de la honradez de su desgraciado padre; yo que he leido la infamia de que se valieron para acusarle, publicaré su inocencia.

—¡Ah...! ¿Con que llegó vd. á leer el cuaderno antes de que llegasen á arrebatárselo?

—Sí, leí ese cuaderno escrito por un hombre que me merece entero crédito.... por un hombre que sufre en una horrible prision, y que es víctima de la maldad del mismo que labró la desgracia de su padre de vd.

—¡Oh...! ¡qué me importa ya la calumnia levantada para empañar la limpia honra del sér que me dió la vida, si vd. y el ángel que

idolatro están convencidas de su inocencia....!

—Es que nunca dudamos de ella.

—Pero á mí me importaba corresponder al buen concepto que tenian vdes. formado de la honradez de mi calumniado padre, manifestando de una manera palpable que no habia sido infiel el corazon de vd. y de Clotilde al juzgarle inocente.

—La prueba sobraba donde la conviccion era firme é invariable.

—¡Ah... gracias....! Si la opinion del señor Landeta me fuera tan favorable, nada temeria ya.

—Mi hermano cambiará tan pronto como vea ese escrito.

—¡Cómo....! ¿no llegó vd. á enseñárselo?

—Me lo arrebataron antes de que yo misma lo acabase de leer.

—¡Qué desgracia!

Exclamó abatido Leopoldo.

—¡Por qué?

Preguntó inquieta Clotilde.

—Porque en ello se fundaba mi esperanza de alcanzar su aprecio.

—Pero eso se conseguirá fácilmente.—  
Avirtió Inés.—¡No hizo vd. saber á Clotilde que el cuaderno habia caido otra vez, por un caso providencial, en poder de vd?

—Sí; pero ha desaparecido del sitio en que estaba guardado.

—¡Cómo!

Duval aplicó el oido.

—Lo ignoro; lo dejé olvidado en la mesa de nuestro estudio la tarde de la fuerte tempestad, y cuando volvimos de la calle Nuñez y yo, nos encontramos sin él.

—Pero ¿no sospecha vd. quién pueda haberse apoderado, de él?

—Absolutamente.

—¿No sabe vd. qué personas entraron ese dia en su casa?

—Solo una pobre vecina, ya anciana, que entró llorando á suplicarnos saliésemos al balcón para pedir que aprehendiesen á un cargador que, al pasarla cargando, la habia tirado á la agua y robado el dinero y alhajas que llevaba en el bolsillo.

—Pues tal vez sea esa mujer.

—No: fué cierta su desgracia: nos mere-

ce entera confianza: ademas, á poco de haber salido Nuñez y yo, entró mi madre, que no se separó de ella mientras estuvo en casa: luego cayó enferma á consecuencia de haberse caido á la agua, y aun sigue hasta este momento en cama.

Duval, que no habia perdido ni una sola palabra de aquel diálogo tan interesante para él, sintió inundado su corazon de alegría y de esperanza, y dijo interiormente.

—Ahora comprendo por qué no fué Doña Anita á entregarme ese cuaderno. ¡Y yo que creí que se habia burlado de mí....! Mañana mismo iré á su casa y me haré de ese interesante manuscrito.

—La pérdida de ese documento—dijo Inés—viene á trastornar el plan que yo habia trazado para vencer á Duval.

—Pero ¿no cuento con el amor de Clotilde?

Preguntó Leopoldo enajenado de gozo y estrechando la mano de su amada.

—Siempre.

Contestó la hermosa huérfana.

—¿No ha jurado ante la sagrada imagen del Crucificado, ser mía?

—Hasta la muerte.

—¿Qué falta, pues, á mi amor?

—Que el cielo lo proteja.

Exclamó Inés.

—Y el cielo lo protegerá:—dijo Leopoldo lleno de fé:—porque el cielo premia todo lo justo, todo lo noble, todo lo santo.

—¡Sí....!—pronunció Clotilde enajenada de placer y participando de la confianza de su amante:—el cielo que ha oído mis juramentos los acogerá benigno; y la Providencia velará por nosotros.

—Sí; la Providencia velará:—contestó Leopoldo:—Ahora, pues, que ella nos ha oído, ahora que ella ha escuchado los juramentos que Clotilde ha pronunciado solemnemente, parto tranquilo y con la fé en el corazón. Adios, bondadosa Inés: adios, hermosa Clotilde: ¡Adios!....

El jóven artista saludó respetuosamente á Inés; estrechó ardientemente la mano de su amada que le envió una mirada profunda de amor, y se dispuso á marchar.

Clotilde se levantó de su asiento para acompañar á su amante hasta la puerta, y cerrarla.

Inés para dejarles libres aquellos últimos instantes, tan dulces para los que aman, penetró á un precioso cenador, cubierto de enredaderas y de flores, y se sentó á esperar y su protegida.

El doctor y Duval, cubiertos con las caretas, se prepararon al verles caminar con direccion á ellos, empuñaron sus dagas y esperaron el momento oportuno.

La cabeza de un hombre asomó en aquel momento por encima de la tapia del jardín.

Era el mismo que habia ido seguido cautelosamente á Leopoldo.

Cansado de esperar se habia valido de la escalera del sereno para subir.

El pintor, entretanto, se adelantaba tranquilo y sin recelo al lado de la mujer que amaba, bien agenos ambos de pensar que tan cerca estaban de un peligro inminente.

—Ahora nada temo, querida Clotilde;—decia Leopoldo cuando estaba á pocos pa-

sos de los que le esperaban;—tú eres mi esposa delante de Dios, y á nadie puedes ya pertenecer: mis temores han cesado, y las pretensiones de Duval se estrellarán ante un imposible.

En aquel momento llegaron á los árboles en que estaban ocultos los dos malvados.

La jóven iba á contestar; pero se vió de repente sujeta por detras y tapada la boca con un pañuelo lo mismo que Leopoldo, y amenazados ambos por dos puñales dispuestos á caer sobre sus pechos.

Inés se encontraba dentro del cenador y nada pudo ver.

—Sígueme, ó muere tu amada.

Exclamó uno en voz baja, pero terrible, dirigiéndose al sorprendido artista.

—¡Salgamos, ó muere tu amante!....

Dijo el otro á la angustiada hermosa.

Leopoldo quiso desprenderse, pero su contrario le tenia fuertemente sujeto.

—Si hace vd. otro movimiento, es muerto.

Pronunció el que le tenia fuertemente asido, levantando el puñal.

Clotilde palideció.

El hombre que estaba sobre la tapia, sacó una pistola, apuntó con ella, la disparó prontamente, se oyó un ¡ay....! desgarrador en el jardin, y se vió caer envuelto en su sangre á uno de los tres, y sin sentido á la desdichada Clotilde.